



# SUSAN WIGGS

*U*NA LUZ EN EL MAR

Una vez, el mar le arrebató todo lo que amaba.

Jesse Morgan era un hombre que se ocultaba de su doloroso pasado, un hombre que había jurado no volver a entregar su corazón. Guardián de un faro remoto, en una costa abrupta y peligrosa, vivía apartado de todo salvo de sus amargos recuerdos. Pero el mar le dio una segunda oportunidad.

Una bella desconocida, única superviviente de un naufragio, arribó a la playa empujada por el oleaje. Embarazada y sin un céntimo, Mary Dare también guardaba recuerdos dolorosos. La risa, la esperanza y la alegría de Mary y de su hijo devolvieron la luz a los oscuros rincones del mundo de Jesse.

Pronto la amistad se convirtió en pasión y la pasión en amor. Y juntos habrían de luchar contra los secretos de un pasado que amenazaba con destruir todo cuanto amaban.

Para Jay, otra vez y siempre: te llevo conmigo  
allá donde voy.

*Y el mar entregó a los muertos...*

Apocalipsis, 20:13

# Capítulo 1

## *Territorio de Washington, 1876*

El domingo arribó algo a la orilla.

La mañana había amanecido como todas: con una neblina gélida y, tras ella, un sol mortecino. Mar adentro, el oleaje hacía acopio de fuerzas y se arrojaba luego contra la maraña de afilados escollos de cabo Desengaño. La aurora semejaba una herida intentando abrirse paso entre las nubes.

Jesse Morgan contemplaba todo aquello desde la pasarela de lo alto del faro, adonde había subido con intención de apagar la lámpara de aceite de esperma de ballena y dar comienzo a la tarea diaria de cortar las mechas y limpiar las lentes.

La escena de la playa lo dejó en suspenso, sin embargo.

Ignoraba qué lo había impulsado a detenerse, a girarse y mirar atentamente. Siempre miraba hacia allí, suponía, pero rara vez prestaba atención. Si se demoraba demasiado mirando las olas de barba gris que lamían la fina arena marrón de la playa o rompían contra las rocas, corría el peligro de recordar lo que le había arrebatado el mar.

La mayoría de los días, no reparaba en nada. No pensaba. No sentía.

Ese día, sin embargo, sintió una perturbación en el aire, como si la respiración de un forastero invisible soplara sobre su nuca. Estaba sacando su aceite de linaza y sus trapos

de brillantar, y un instante después se sorprendió a la intemperie, azotado por el áspero viento.

Mirando.

Lo había asaltado una sensación tan sutil que después nunca llegaría a entender qué le había hecho acercarse a la barandilla de hierro, agarrarse a ella con una mano e inclinarse sobre el borde para mirar más allá del espigón y de los acantilados cortados a pico, hacia la playa barrida por el temporal.

Un amasijo de algas. Mechones de sargazos pardo dorados que envolvían una forma alargada. Quizá no fuera más que una madeja de algas, o quizá una foca muerta, una foca vieja, de bigotes encanecidos, cuyos dientes hubieran perdido su filo.

Los animales, a diferencia de los humanos, sabían que era preferible no vivir demasiado.

Mientras observaba aquella forma tendida en la playa, sintió... algo. Una sorda punzada de... ¿qué? No de dolor. Ni de interés.

De fatalidad. Un golpe del destino.

En el instante en que aquella idea absurda cruzaba su cabeza, sus pies enfundados en botas comenzaron a descender con estrépito por la escalera espiral de hierro. Dejó el faro y enfiló con paso enérgico la endeble pasarela.

No tuvo que fijarse en dónde pisaba mientras seguía el sendero pedregoso que conducía zigzagueando hasta la playa desolada. Había recorrido aquel corto trecho más de mil veces.

Lo que le sorprendió fue comprobar que iba corriendo.

Hacía años que Jesse Morgan no tenía prisa.

Su cuerpo, sin embargo, no había olvidado nunca la sensación, a medio camino entre el dolor y el placer, que acompañaba al movimiento enérgico de los muslos y a la hinchazón de los pulmones. Se paró en seco, sin embargo, tan pronto llegó junto al objeto varado en la playa. Inmóvil, asustado.

Hacía mucho tiempo que Jesse Morgan estaba asustado. Sentía miedo, aunque nadie lo habría adivinado al verlo.

Para los vecinos de Ilwaco, para las dos mil personas que vivían allí todo el año y los varios miles que emigraban a la costa para pasar el verano, Jesse Morgan era tan firme, tan agreste y taxativo como los acantilados sobre los que moraba, encastillado en su faro.

La gente lo creía fuerte y temerario. Pero les había engañado. Les había engañado a todos.

Tenía solo treinta y cuatro años, pero se sentía un anciano.

Allí parado, solo, un miedo abrasador se apoderó de él. No supo por qué, hasta que vio algo conocido entre el montón de algas que tenía delante.

¡Dios! ¡Ay, santo cielo! Cayó de rodillas y el frío de la arena empapada traspasó sus pantalones mientras sus manos intentaban decidir, sin consultar a su cabeza, por dónde empezar. Vaciló, torpe como un recién casado en su noche de boda, a punto de apartar el último velo que envolvía el dulce misterio de su novia. Los mechones de algas eran esponjosos y fríos al tacto. Se pegaban tercamente a...

¿A qué?

Encontró un trozo de madera de grano fino. Lisa, plana, barnizada. Parte de un barco. Un trozo de mástil o de bauprés, y atada a él una cuerda con los extremos embreados y deshilachados.

«Para», se dijo, presintiendo ya lo que iba a encontrar. El antiguo horror, todavía en carne viva después de tantos años, se agitó dentro de él.

«Para inmediatamente». Podía levantarse y dar media vuelta, podía subir por el sendero, atravesar el bosquecillo y despertar a Palina y Magnus. Mandar a investigar a los ayudantes del farero.

Pero sus manos, convertidas aún en las manos ávidas y obstinadas de un recién casado, siguieron escarbando y ti-

rando de la fangosa mortaja, escarbando y tirando, hasta que desenterraron más y más tramo del mástil, su extremo roto y...

Un pie. Descalzo. Frío como el hielo. Las uñas como conchas diminutas.

Respiró hondo bruscamente. Sus manos siguieron moviéndose, frenéticas, obedeciendo al ritmo de su corazón desbocado.

Una pantorrilla delgada. No, esquelética. Esquelética y salpicada de pecas que destacaban sobre la piel marfileña y sin vida.

Comenzó a mascullar juramentos mientras rechinaba los dientes, improperios que escupía entre las mandíbulas apretadas. Antes solía hablarle a Dios. Ahora blasfemaba sin dirigirse a nadie en particular.

Cada segundo parecía aislado, cristalizado en el tiempo por la certeza de que llevaba años huyendo. Había ido hasta el mismo confín de la Tierra para escapar del pasado. Pero no podía escapar de él. No podía evitar pensar en él. En lo que le había arrebatado el mar.

Y en lo que le había llevado el mar ese día. Una mujer, por supuesto. Un colofón de cruel ironía.

Avanzó deprisa hasta destapar la cara. Y entonces casi deseó no haberlo hecho, pues al verla comprendió por qué se había sentido tan impelido a correr.

Esa mañana, un ángel había muerto en su playa. Poco importaba que su aureola estuviera formada por algas y por la infinita maraña de su cabello rojo oscuro. O que una constelación de pecas salpicara sus mejillas y su nariz.

Aquel rostro, aquella cara pálida con el arco morado de los labios era la que habían esculpido todos los artistas que habían intentado transformar en poesía el mármol. El rostro que veían los soñadores que, empujados por la esperanza, creían en milagros.

Pero estaba muerta, había regresado a la esfera de los ángeles, a la que pertenecía, de donde no habría tenido

que salir nunca.

Jesse no quería tocarla, pero sus manos la tocaron. Sus manos de novio atolondrado. La agarraron por los hombros y tiraron de ella suavemente, moviendo al mismo tiempo el mástil al que seguía atada. De pronto la vio por completo, de la cabeza a los pies.

Estaba embarazada.

La ira lo atravesó como un rayo. No bastaba con que hubiera muerto una bella joven. El mar también había reclamado la dulce y redonda hinchazón de su vientre, aquel oscuro misterio que encerraba una promesa. Dos vidas apagadas por el soplo implacable del viento, por las olas del tamaño de murallas, por el mar indiferente.

Aquel era el principio, se dijo Jesse mientras desataba las cuerdas y la levantaba en brazos, de un viaje que no sentía deseo alguno de emprender.

El cadáver cayó hacia delante como una muñeca de trapo. Una mano fría se agarró al brazo de Jesse. Retrocedió bruscamente, dejándola de nuevo sobre la arena parda.

Ella gimió y tosió, escupiendo agua marina.

Jesse Morgan, que rara vez sonreía, sonrió de pronto de oreja a oreja.

—¡Que me aspen! —exclamó al tiempo que se quitaba el impermeable—. ¡Estás viva!

Cubrió sus hombros con su chaqueta de lana a cuadros y la tomó en brazos.

—Estoy... viva —repitió ella con voz débil—. Supongo que ya es algo —añadió, echando la cabeza hacia delante.

No dijo nada más, pero comenzó a temblar violenta e incontrolablemente. Parecía un pez enorme sacudiéndose en sus últimos estertores, y Jesse tuvo que hacer un enorme esfuerzo para sujetarla. Pero mientras acarreaba su carga por la empinada ladera, corriendo más deprisa que en toda su vida, supo con nítida y pavorosa lucidez que aquel día había llevado a su mundo algo nuevo, algo extraordinario, algo infinitamente fascinante y aterrador.

## Capítulo 2

El pánico se apoderó de él en enormes oleadas, provocándole náuseas. ¿Por qué él? ¿Por qué ahora? Tenía la vida de aquella mujer en sus manos, y sin embargo no estaba preparado para salvar a una desconocida y al hijo que llevaba en su vientre.

Sabía, sin embargo, que debía rescatarla. Doce años atrás, había consagrado su vida a vigilar los bajíos y a mantener la luz encendida. Había hecho un juramento como farero jefe. No tenía elección. No la tenía.

Corrió con todas sus fuerzas, remontando el sendero sinuoso que llevaba al puesto y sin dejar de correr bajó la ladera del promontorio y se adentró en la arboleda donde se hallaba la casa del farero. El peso muerto de la joven lastraba su avance. Subió los peldaños de dos en dos, cruzó el porche a toda prisa y abrió la puerta empujándola con el hombro.

Al entrar en la casa en penumbra, llevó a la mujer al cuarto que había junto a la cocina y la depositó sobre la cama. El colchón estaba mohoso por falta de uso, y el tejido de cutí de su funda se veía raído y amarillento. Jesse rebuscó en un armario alto y encontró dos colchas viejas y una manta de sarga que había conocido mejores tiempos.

Tapó a la mujer. No se movió. Jesse intentó que bebiera algo (agua, whisky), pero el líquido chorreaba por los lados de su boca y por su cuello. Estaba inconsciente.

Salió al porche para tocar la gran campana de bronce y avisar a Magnus Jonsson y a su esposa, Palina, que vivían

en una casita a medio kilómetro por el sendero del bosque. Removió las brasas del fogón de la cocina y, tras llenar de agua la tetera, la puso al fuego. Después, armándose de valor para la tarea que lo aguardaba, regresó junto a la mujer.

Tenía que quitarle el vestido empapado. Tenía que tocarla. Con mucho cuidado, retiró las mantas. Le tembló un poco la mano cuando apartó un mechón de pelo mojado y buscó el botón de arriba de su vestido.

Desvestir a una mujer le pareció algo completamente ajeno a él. Y sin embargo, al mismo tiempo, insoportablemente familiar, como si volviera a ser aquel recién casado.

Apretó los dientes y desabrochó la hilera de botones. Ella yacía inconsciente, ajena a sus torpes movimientos cuando le quitó una manga y luego la otra y bajó la delgada prenda de lana por sus brazos y sus piernas, para tirarla a continuación al suelo.

Debajo del vestido llevaba una camisa sencilla que antaño había sido blanca. Sus pechos y su vientre se destacaban en blanco relieve bajo la fina tela. Con los dientes fuertemente apretados, Jesse se obligó a respetar su pudor y a cubrirla y le quitó la camisa a tientas. No necesitaba la vista, sin embargo, para advertir sus gráciles curvas, la tersa textura de su piel.

De su piel peligrosamente fría.

Desgarró la camisa al acabar de quitársela atropelladamente. La arrojó al montón de ropa que se había acumulado en el suelo, tapó bien a la mujer remetiéndole las mantas y se levantó.

Estaba temblando de la cabeza a los pies.

Regresó a la cocina, llenó garrafas y botellas con agua caliente y las colocó alrededor de la joven, envuelta en las mantas. Hecho esto, se apoyó en la tosca pared de la habitación y cerró los ojos un momento.

Había acabado. Al menos esa fase había acabado. Pero aún quedaba lo más difícil por delante.

La casa del farero era menos un hogar que un refugio. La vivienda, de planta y media y rodeada por un bosque de altísimos árboles, había bastado para Jesse, que necesitaba muy poco, más allá de sobrevivir de un momento al siguiente. Ahora, sin embargo, a la luz que, entrando por la ventana orientada al este, caía sobre la figura inmóvil tendida sobre la cama, de pronto le pareció pequeña, abarrotada. Sucia, incluso.

La habitación de socorro contigua a la cocina había sido diseñada con la idea de que el paciente que yaciera en la cama estuviera a mano, allí donde el corazón de la casa latía más fuerte. En los años que Jesse llevaba viviendo allí, nadie había ocupado aquel cuarto, ni aquella cama.

Hasta ahora.

La joven yacía inmóvil bajo las colchas y las mantas. Su cara pálida tenía una expresión serena. Su cabello, rojo oscuro, se extendía en sucias guedejas endurecidas por el salitre. Tenía una mano perfecta posada bajo la barbilla. Una redecilla de finas líneas azules cubría sus párpados delicados.

«Estoy viva. Supongo que ya es algo».

Las palabras que había pronunciado en voz baja en la playa cruzaron como un susurro la mente de Jesse. Le parecía haber advertido un acento extraño en ella, una inflexión difícil de identificar. Ella no había abierto los ojos. Jesse se descubrió preguntándose de qué color serían.

—¿Quién eres? —susurró con voz ronca—. ¿Quién diablos eres?

Era la Bella Durmiente del cuento. Su lecho debía ser una pérgola iluminada por el sol y repleta de rosas, no un tosco camastro con el colchón hundido. Al despertar, debía encontrar al Príncipe Azul, no a Jesse Kane Morgan.

Se obligó a apartarse. Hacía daño mirarla, del mismo modo que hacía daño mirar directamente al sol un día de verano. Sería mejor para todos que se la llevaran estando

aún inconsciente. Que no se enterara nunca de quién la había sacado del mar.

Sentía, sin embargo, el impulso de hincarse de rodillas junto a ella, asirla de los hombros y suplicarle que viviera, que viviera.

Comenzó a pasearse de un lado a otro mientras se preguntaba por qué tardaban tanto los Jonsson. Procuró refrenar su ansiedad y observó su casa con nuevos ojos, intentando verla como la vería un desconocido. Burdos muebles de pino desbastados a mano. Un reloj de pared corriente, cuyo largo péndulo medía los instantes con inexorable precisión. Los postigos estaban abiertos al aire de la mañana. Palina se había ofrecido a hacerle unas cortinas, pero a Jesse le parecían innecesarias.

La pared más larga del cuarto de estar estaba forrada de libros. Novelas de Dumas, Flaubert y Dickens. Ensayos y cuentos de Emerson y Thoreau. Al dejar atrás el mundo, las únicas posesiones que Jesse había llevado consigo habían sido sus libros. Leía constantemente, con voracidad, para escapar a mundos imaginarios. Los primeros años después de la tragedia, se había aferrado a los libros como a un salvavidas. Las voces de los personajes de ficción habían sofocado el aullido del vacío que resonaba en su mente. Eran los libros los que impedían que se volviera loco.

En los estantes de la cocina, los botes, latas y ollas estaban pulcramente alineados y ordenados por alturas. De ese modo, siempre sabía dónde estaban las cosas. El fogón, marca Acme Royal, había estado en algún momento bien conservado, pero se había ido ennegreciendo con el paso de los años, desde que vivía allí.

Los años que había procurado no contar.

La impaciencia le hizo salir al porche para tocar de nuevo la campana. Dio un fuerte tirón a la cuerda, pero fue innecesario. Enseguida oyó llegar a Magnus y Palina.

Sus voces parecían sofocadas en medio de la extraña y verde espesura que rodeaba al faro de cabo Desengaño. El

suelo del bosque, cubierto por una alfombra de agujas de pino pardas, amortiguaba sus pasos. Hablaban animadamente en su islandés nativo, como viejos amigos que acabaran de encontrarse tras una larga separación. A Jesse nunca dejaba de sorprenderle que hallaran aquel interés, aquel regocijo el uno en el otro, a pesar de llevar casi treinta años casados. Tenían un hijo mayor, Erik, con pocas luces pero al que sus padres adoraban. Fuerte como un joven buey, Erik se pasaba el día trabajando en silencio por los alrededores del faro.

Los Jonsson aparecieron tras doblar un recodo del sendero del bosque. El sol de la mañana, que se colaba entre las altas ramas de los cedros y los abetos gigantescos, acarició sus rostros envejecidos, dotándoles de un suave resplandor cuando sonrieron y lo saludaron con la mano, apretando el paso.

Magnus Jonsson tenía el pecho rotundo y los anchos hombros de los pescadores, resultado de las décadas que había pasado izando redes y haciendo girar la manivela. Había dejado el oficio después de perder la mano izquierda como consecuencia de una herida. La mayoría de los hombres se habrían dado por vencidos y se habrían dejado morir; Magnus, en cambio, se había recuperado por pura fuerza de voluntad.

Al lado de su amado y cariñoso marido, Palina tenía un aspecto delicado, a pesar de que era tan recia y fuerte como cualquier pionera en la flor de la vida. Tenía los ojos brillantes y dientes prominentes, y su semblante reflejaba una hondura inesperada, señal de una inteligencia aguda y serena y de una vívida imaginación.

—Buenos días, Jesse —dijo con un ligero canturreo—. Fíjate qué mañana tan hermosa nos ha dado Odín —abarcó el pequeño claro con un gesto del brazo, mostrando su chal de vivo color naranja.

Abajo, en la ladera, el prado donde pastaban los caballos brillaba al fulgor del sol.

—Y el soplo de Aegir ha ahuyentado las nubes y ha hecho que se disipe la niebla —añadió Magnus.

Jesse los saludó con una inclinación de cabeza. Se había acostumbrado a sus constantes referencias a las leyendas del mar. ¿Y quién era él para negarlas? Muchos de los cuentos antiguos que relataban sonaban tan ciertos que resultaban pavorosos.

—No es lo único que ha traído la mañana —dijo, haciéndoles señas de que subieran al porche.

Abrió la puerta y la sostuvo para que entraran. Lo siguieron por el cuarto de estar y la cocina y entraron en el cuarto de socorro.

Al ver a la mujer sobre la cama, se quedaron paralizados, con las manos unidas.

—*Hamingjan góoa* —dijo Magnus en voz baja—. ¿Qué es esto?

—Naufragó y las olas la han traído hasta la playa.

Sintiéndose extrañamente violento, Jesse se acordó de un momento de su infancia, cuando había recibido un regalo que no quería. ¿Qué se decía?

«Gracias».

Pero no se sentía agradecido, no de ese modo.

—Todavía está viva —dijo atropelladamente.

Palina ya se había inclinado sobre la mujer y había empezado a cloquear como una gallina junto a un pollito. Jesse se acercó.

—¿Verdad? —preguntó.

—Sí, sí. Está viva, pero casi congelada, *litla greyid*, la pobrecilla. Aviva el fuego de la cocina, Magnus —dijo por encima del hombro—. Ah, ya le has quitado el vestido mojado —no había censura en su tono. Estaba tan acostumbrada como él a dar calor a las víctimas de congelación.

—Necesita ropa seca, rápido —tomó una de las manos de la mujer y la apretó suavemente—. ¡Ah, bendito sea este día! Que yo sepa, es la primera vez que los dioses del mar hacen un regalo así a un hombre.